

SOBRE EL ENTORNO DE UN PUEBLO

Por Rafael AGUIRRE FRANCO



La vieja fotografía nos trae del recuerdo el amargo sabor de las cosas idas para siempre: un paisaje, el calor de las tradiciones, el entorno de un pueblo.

El grabado tiene aquí un especial significado afectivo. Su autor fue Miguel Aguirre, primo abuelo de quien esto escribe, que en los últimos años del pasado siglo, captó la imagen de los pueblos guipuzcoanos y las costumbres de sus habitantes en miles de placas, ofreciendo a nuestra comparación el brusco cambio que se ha producido en todos los órdenes de la vida.

Hay pueblos y paisajes que conservan, más que otros, su particular fisonomía. Tal es el caso de San Sebastián. Ha crecido su casco urbano, surgieron nuevos barrios, fueron derribados muchos edificios y construidos otros de nueva planta. Pero su particular configuración geográfica—el monte Igueldo, la isla de Santa Clara, el monte Urgull—la silueta de la bahía, el río, Ulía, le hacen fácilmente identificable pese a las muchas transformaciones que haya sufrido.

En otros, en cambio, situados en paisajes más llanos, sin accidentes geográficos notables, el crecimiento de la aglomeración urbana transforma totalmente las perspectivas y cuesta reconocer en las viejas fotografías la actual población. Sólo para el nativo, para quien lo conoce a fondo, es posible ir señalando puntos de identidad: la silueta de las montañas que cierran el horizonte, la iglesia secular, poco más.

Tal es el caso de Rentería. ¿Cuántos de sus habitantes reconocerían en esta foto su pueblo?

En 1900 contaba Rentería con 4.000 habitantes, que vivían fundamentalmente de la agricultura, aunque existía ya una industria de cierta importancia. Su entorno rural ayudaba a mantener unas características propias en el núcleo urbano constituido alrededor de la iglesia. Junto a este centro existían, ya en el siglo XVIII, aglomeraciones urbanas minúsculas en la zona de Versalles (alto de Capuchinos), Ondartxo y Gaztaño.

Dos factores iniciaron el crecimiento demográfico de Rentería: el ferrocarril de vía estrecha a la frontera y la instalación de industrias en su término municipal por empresarios domiciliados en San Sebastián.

La industria precisó mano de obra y ésta fue nutriéndose de la inmigración, procedente, en los primeros años, de las provincias limítrofes, y más tarde de todas las regiones españolas. Así va creciendo la población de Rentería al ritmo siguiente: 5.527 habitantes en 1910; 6.956 en 1920; 8.973 en 1930; 10.106 en 1940; 12.784 en 1950, y 18.642 en 1960.

En los años anteriores a la guerra surgen las primeras construcciones urbanas en Iztietia, Alaberga y Galzaraborda, mientras se extiende considerablemente el núcleo urbano llamado centro. La construcción en el decenio 1950-1960, alcanza un fuerte ritmo en Alaberga Agustinas, Gaztaño, Ondartxo, Iztietia y Galzaraborda.

Pero el salto se produce incontrolado en la década de los 60, pasándose de los citados 18.642 habitantes a 34.333, con un aumento en porcentaje del 84,2, explosión demográfica que se ubica, especialmente, en Galzaraborda, Centro, Agustinas, Gabierrota, Alto de Capuchinos y Beraun.

El crecimiento del centro ha ido llegando a los llamados «barrios» y hoy es el día que existe una continuidad en las edificaciones que cubren laderas, se extienden por los valles, se agolpan en las márgenes de las vías de comunicación y, faltas de la adecuada planificación, asfixian el paisaje.

Cara al futuro, el panorama no puede dejar de inquietar, pues al ritmo de crecimiento de los últimos años, la población alcanzará 46.000 habitantes en 1975, 61.500 en 1980 y 82.500 en 1985.

A esta altura de cifras, la foto de Rentería que ilustra estas páginas ha de sumir en cierta tristeza a quien siente la desaparición irreparable del mundo rural.

¿Hacia dónde crecerá Rentería? ¿Se extenderá hacia el sur, por San Marcos, Aitzbitarte, Landarbaso, Añarbe, en el valle que enmarcan Urdaburu y la Peña de Aya?

El río Oyarzun es el más pequeño de Guipúzcoa. Apenas 15 kilómetros. Por su orilla izquierda recoge todos sus afluentes: el Artolata, Segotegui, Mispizarreta, Pontica y Zillarguñene. Nace a 680 metros de altura, en el corazón de la Peña de Aya, y de allí se precipita en violentísima pendiente hasta el valle de Oyarzun. Penetra en Rentería ya encauzado y aquí sirve de vertedero a las industrias ubicadas en su término municipal. Corría antes entre verdes praderas y campos de cultivo y hoy lo hace en una trinchera de hormigón y ventanas. Desemboca finalmente en el puerto de Pasajes.